

MEXICO tal cual es...



POSADA

La Soldadera

LA CARICATURA como arma POLITICA

por EUGENIA MEYER

El comportamiento de los pueblos, su forma de ser, de reaccionar en diferentes momentos de su historia, encuentra un testimonio vivo y perenne en la caricatura. Nos basta buscar caricaturas de algún país para poder entender el sentir de cierto momento histórico. Ese sentir, que adquiere características populares, puede —hasta cierto punto— proporcionarnos una imagen más real de las circunstancias político-sociales, que algunos libros muy complicados, docos y voluminosos. Por ello, el historiador se vale hoy, con mayor énfasis que nunca, de la caricatura como manifestación gráfica del acontecer de un pueblo.

De hecho, la caricatura es una oposición, un intento de ir en contra de normas establecidas. Y, aunque va dirigida a todos los estratos sociales, generalmente es el pueblo quien más lo comprende y asimila. La caricatura se significa por ser una manifestación espontánea del espíritu. Puede calificarse como un arte menor, que en muchas épocas fue despreciado por las élites culturales quienes la condenaban por su propósito humorístico. Sin embargo, hay que señalar que la finalidad crítica de la caricatura consiste primordialmente en intentar mostrar los defectos, lo negativo y lo desconocido que sobresale al no dejar al descubierto virtud alguna. En tanto pretende degradar, derrotar y presentar una naturaleza en disolución, claramente se percibe que el caricaturista en forma intencionada y consciente distorsiona el objeto tal y como él lo ve. Para lograrlo, requiere de un ingenio mordaz y de un espíritu inconforme.

Es evidente que el caricaturista debe sentirse impotente frente a su "adversario", y por ello utiliza su medio de expresión para atacarlo, censurarlo y criticarlo. Convierte el lápiz en un arma, que en muchos casos hubo de alcanzar proporciones insospechadas transformando así, a la caricatura, en una arma temida.

Por otra parte, es menester señalar que la caricatura, en tantos momentos despreciada, tiene una propiedad fundamental: la individualidad absoluta que hace al caricaturista responsable único de su obra crítica. Generalmente la caricatura se convierte en cruel y encarnizada acusando características y propiedades de intolerancia ante cierto status o situación establecida. En forma brutal o sutil, el caricaturista pretende hacer ver al pueblo, a la masa, los defectos, pero a través de una lente de aumento que enfatice aún más la parte negativa de cierta persona o institución. En muchas ocasiones, pintores reconocidos se han valido de la caricatura para hacer saber su inconformidad. ¿Qué mejores ejemplos que Goya en otros tiempos, y Orozco y Siqueiros en la actualidad?

México en lo particular posee una tradición muy acentuada dentro de la caricatura. Aunque la caricatura como tal, y según lo han señalado los conocedores del tema (1) no aparece sino luego de la Independencia, debemos aceptar que desde épocas muy remotas, desde el México prehispánico, el hombre expresó al través de dibujos grotescos o de líneas apenas esbozadas su sentir, su malestar y su inconformidad. Por ello, cuando México se incorpora al mundo occidental ya como colonia o como nación independiente surgen hombres que al oponerse a determinada situación optan por protestar por medio de una expresión gráfica: la caricatura.

Al parecer, las primeras caricaturas propiamente dichas de que se tiene noticia, aparecieron en una publicación llamada Iris, en el año de 1826. Fue precisamente con el descontento ante el nuevo sistema republicano cuando surgieron las primeras protestas. Y si la república, ideal liberal al fin, despertaba inquietudes, con mayor razón Santa Anna y sus "repetidas presidencias" servirían de inspiración al caricaturista. Durante la Invasión Francesa y luego durante el Imperio de Maximiliano, la caricatura fue prueba del malestar y el sentimiento de impotencia de los mexicanos. Se manifestaron hombres que, como Escalante, Hernández y Villasana, plasmaron el sentir del pueblo en las páginas de La Orquesta.

Sobreviene la época más próxima a nuestro siglo: la dictadura porfirista que por fuerza, durante tres décadas, dio suficientes motivos de protesta. Los caricaturistas se multiplican y el pueblo poco a poco va tomando conciencia de su obra y empieza a interesarse en ella; la busca e incluso llega a reclamarla.

Mucho se ha discutido en cuanto a que la caricatura tiene vigencia en tanto permanezca relacionada con el objeto que representa. Sin embargo, en nuestra historia la caricatura se significa como un documento que proporciona una prueba gráfica del estado de las cosas por las que atravesó el país. Más tarde, esta misma prueba gráfica servirá de testimonio de una época y también —por qué no— de advertencia a los problemas que le siguieron.

Al iniciarse la Revolución la corriente de caricaturistas va en ascenso. Sin duda al pueblo analfabeto y explotado le era fácil comprender y asimilar el valor de imágenes llenas de escarnio y de picardía que sin embargo aunque con lentitud, en un momento dado le obligan a tomar conciencia clara de su realidad; de sus problemas y como resultado de ello empieza a inquietarse, a hacer conjeturas y por último se rebela.

Sería demasiado arriesgado enfatizar que la caricatura marcó directrices determinantes al pueblo mexicano en la lucha que se iniciaba

en 1910, pero su valor, por ser un arte con proyección y mensaje a las masas debió influir considerablemente. La caricatura puede convertirse en poderosa arma política. El caricaturista esgrime de "su arma", provocando trastornos. Por ello y temiéndolo, durante la primera década de este siglo los caricaturistas sufrieron persecuciones e infinidad de penalidades. Luego, al pasar el tiempo, la libertad de expresión brindó nuevas oportunidades al desarrollo de la caricatura en México.

Al hablar de la caricatura como arma política y sobre todo al referirnos a ella durante el movimiento revolucionario de 1910, justo es citar al hombre más representativo en esta arte: Guadalupe Posada, quien por sí sola llena un abultado historial de lucha y protesta.

José Guadalupe Posada desde muy joven mostró aptitud para el dibujo y en su estado natal Aguascalientes, empezó a desempeñar diferentes oficios relacionados con la imprenta. Llega a México en 1878 y a partir de ese momento su estilo va madurando al tiempo que encuentra infinidad de motivos y temas de inspiración. En parte, su logro como caricaturista se debe al apoyo honesto y decidido que recibió del más importante editor de su tiempo: Antonio Vaneegas Arroyo. Juntos llenaron una etapa importantísima en las artes gráficas del país.

A Posada le preocupaba la tierra. Le interesaba saber de lo que acontecía en el campo; de su gente; de los corridos populares, etc. Posada fue un magnífico observador del pueblo mexicano y plasmó con propiedad las diferencias sociales. Es por antonomasia el cronista gráfico de la Revolución Mexicana. Al morir, en 1913, la caricatura ya estaba arraigada en el gusto popular. El pueblo exigía su continuidad. Así, aparecen revistas como Multicolor que causó tantos dolores de cabeza a los revolucionarios y sobre todo a los Estados Unidos, a los que condenó con frecuencia por su actitud intervencionista. Luego, con los años la caricatura, usaria de temáticas diversas pero continuaría, como hasta hoy, significándose por la gran fuerza histórica que representa.

(1) Carrasco Fuente M. La Caricatura en México. Prólogo de Manuel Toussaint. Imprenta Universitaria. México 1954. Vide. La caricatura política. Fuentes para la Historia de la Revolución Mexicana. Fondo de Cultura Económica. México 1955. La Revolución Mexicana vista por José Guadalupe Posada. Recopilación y presentación de Jaled Muyaes. Talleres Policromía. México, 1960.